

APUNTES FILOSÓFICOS

EDICIÓN EXTRAORDINARIA PLURITEMÁTICA EN CONMEMORACIÓN DEL TRICENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA: SIGLO XX, TRADICIÓN Y RENOVACIÓN: MAESTROS FUNDADORES

EDITORIAL

SIGLO XX

TRADICIÓN Y RENOVACIÓN:

MAESTROS FUNDADORES

En buena medida la configuración actual de la Escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela está unida al movimiento de la Renovación Universitaria: un proceso que hay que enmarcar, por una parte, dentro del dinamismo político consubstancial a la estabilización de la joven democracia venezolana y, por la otra, determinado por el espíritu revolucionario de los años 60. Entre la fundación de la Escuela de Filosofía del siglo XX y el devenir de la Universidad después de 1958, para nosotros, media la figura del Maestro fundador, Juan David García Bacca, quien –sometido siempre al vértigo de los cambios– debió asumir como Decano de la Facultad de Humanidades y Educación, tras la caída del General Marcos Pérez Jiménez.

A partir del 23 de enero de 1961, la nación empieza a regir sus destinos por la nueva Constitución de la República de Venezuela y los acontecimientos nacionales marchan entre álgidas diatribas políticas. Pero mientras la vida nacional transcurre en medio de alzamientos e insurrecciones, ilegalizaciones de partidos políticos (como el PCV o el MIR) y la irrupción de frentes de lucha armada articulados por las disidencias, la escuela de filosofía consolida el régimen anual: caracterizado por la férrea obligatoriedad de un pensum de estudios que incluía tanto el estudio como la especialización en griego o en latín. En efecto, la columna vertebral del régimen de cuatro años se centraba en las áreas de filosofía antigua, filosofía medieval, filosofía moderna y filosofía contemporánea, acompañada de sus respectivos seminarios obligatorios. Además de la obligatoriedad de las dos lenguas clásicas durante el primer año, para que luego el estudiante eligiera alguna y profundizara sus estudios en los años subsiguientes.

A finales de la década de los sesenta, empieza a hacer vida como estudiante el que, años más tarde, se convertiría en el dos veces electo como decano de la Facultad de Humanidades y

Educación: el profesor Benjamín Sánchez. Como él lo recuerda, antes de la Renovación, entre los egresados de la última promoción de la escuela de cuatro años estuvieron: el profesor Ludovico Silva y la catedrática venezolana de filosofía del derecho, la Doctora María Luisa Tosta; dos talentos *summa cum laude* enlazados vital y filosóficamente por sus notables divergencias.

En 1969, según cuenta Sánchez, la planta de profesores la integraban eminencias de talla del Dr. Ernesto Mayz Vallenilla, que prácticamente monopolizaba el cuarto año de la carrera. El Dr. Antonio Pasquali, con quien Sánchez recuerda haber cursado como estudiante un seminario obligatorio dedicado a la moral en Epicuro, y que pocos años más tarde se convertiría en un libro publicado. El Doctor Juan Nuño, con quien cursó Lógica Simbólica y Filosofía Antigua, que por entonces estaba centrada especialmente en Platón y Aristóteles. También recuerda el profesor Sánchez el haber cursado las materias de latín y de cultura y lengua griega, de la mano de las profesoras Ana Sábato di Polito y André Catrisse, respectivamente. Y, por si esto fuera poco, en aquel régimen anual, la Psicología era una de las materias obligatorias, y en ese momento la dictaba el eminente profesor Guillermo Pérez Enciso: fundador de la Escuela de Psicología y autor de un texto famoso en la época. Otros de los nombres que nos recuerda, el que por entonces fuera un aventajado estudiante –y que venía de recibir algunas clases de lógica matemática en la Universidad de Michigan– son los del Dr. Alberto Rosales y la profesora Victoria di Stéfano, ex esposa del profesor Pedro Duno (y una excelente profesora de Estética), el del Dr. Federico Riu (enseñando Marx), o también el del Dr. Manuel Granell (que se ocupaba de ética), así como los nombres de los profesores Romero y Alberto Castillo; profesor de Lógica (Romero) y de filosofía moderna (Granell). Entre otros tantos importantes profesores, distinguidos por sus incomparables estilos frente a la cátedra.

Testigo de excepción de una época de cambios, el joven –que llegó por accidente a la filosofía de la mano de su tío, el político venezolano y filósofo, Héctor Mujica– nos recuerda que la profesora Hernila de Pérez Perazo, fue la primera mujer directora de la Escuela, y que quizás fue ella quien estuvo al comienzo de la efervescencia del proceso que condujo a que casi todas las escuelas de la Facultad cambiaran del sistema anual al régimen semestral.

El proceso de la Renovación universitaria venía gestándose en los pasillos y en los cafetines desde 1968 y el fervoroso anhelo de los estudiantes apuntaba a ir más allá de la reforma

de la estructura universitaria. Estructura constituida por los principios de autonomía de pensamiento y de gestión, libertad de cátedra, democracia universitaria (expresada en la concreción del cogobierno estudiantil y en el mecanismo del voto) y en el principio de la autoridad académica (fundada en el sistema de ingreso y el ascenso a través de los concursos). En consecuencia, el clima estudiantil de la Renovación se expresaba de modos diversos y heterogéneos, precisamente en cuanto movimiento a contracorriente de la renovación institucionalizada de la Universidad que había tenido lugar en el marco de los principios y garantías de la Constitución del 61. En este sentido, y más allá de las lecturas que puedan dársele a la ampliación del poder universitario, podría decirse que el punto claro de esta revolución multicolor aspiraba a la renovación de la estructura de los estudios universitarios, y el voto de confianza habría que dárselo a los estudiantes, pues, según recuerda Benjamín Sánchez, entre 1968 y 1969, habiéndose inscrito unos sesenta estudiantes en el régimen anual de la Escuela de Filosofía sólo dos estudiantes pasarían al segundo año; él y Blas Bruni Celli.

Sánchez y Bruni Celli cabalgarían el Movimiento de Renovación Universitaria, el cierre de la Universidad Central de Venezuela durante el mandato del Presidente Rafael Caldera y, por supuesto, la transición entre el viejo pensum (de férrea obligatoriedad) y el actual pensum (caracterizado por una alta electividad, el cual brinda la oportunidad a los estudiantes de realizar un trabajo de investigación en el área de la filosofía que les haga latir el corazón y propiciando vocaciones y formaciones diferenciadísimas).

Sin la historia contada por el que fuera auxiliar de investigación del mismísimo Juan David García Bacca, no sabríamos cuánto de ficción hay en la afirmación de que los teóricos de la Renovación eran todos marxistas: cuando lo cierto es que no sólo la impulsaron Pedro Duno y Núñez Tenorio, sino que también les interesaba, por ejemplo, a Juan Nuño y Marisa Khon de Bekker. ¿Era Nuño un «revolucionario»? Quizás todos lo eran en el sentido de ser promotores de la remoción de una estructura que acababa frustrando potenciales filósofos, quién sabe si extraordinarios.

Ciertamente, no hay duda del protagonismo de Duno y Núñez Tenorio, quienes –al fragor de las fuerzas políticas que se entremezclaban en el ambiente universitario– tomaron a la Escuela por asalto. Lo que había empezado acompañado de un afán académico orientado a promover el sistema semestral y la elaboración de un trabajo de tesis como requisito de egreso, terminó

degenerando en una polarización vacía, que condujo a una tensión agotadora con los «tomistas» de aquel entonces. Pasados los años, Benjamín Sánchez recuerda con gracia el día en que él y otros estudiantes fueron a comunicarle a Pedro Duno que, en una Asamblea de Estudiantes, habían decidido «des-tomar» la Escuela (en aras de superar el caos y conseguir la auténtica renovación). Él dice que Duno los recibió con los pies posados encima del escritorio, vociferando con ferocidad, que él y los suyos «no entregarían la escuela nunca». Las anécdotas hacen que encarne un momento histórico del país y de la universidad, y a pesar de que cierto uso de la voluntad de fuerza no era ajeno al tiempo de revolución, es probable que, tácitamente, todos coincidieran en la preocupación por la asfixia que causaba la estrechez y el extremo rigor del viejo pensum a las nacientes vidas filosóficas.

Otra anécdota contada por Benjamín Sánchez nos ayuda a comprender el espíritu de los maestros. El Decano nos dice que tras la reapertura de la Universidad hubo el intento de mudar la escuela desde su sede natural, en el primer piso del edificio central de la Facultad, pretendiendo enviarla a una quinta alquilada en la Urbanización El Bosque. La reacción de Pedro Duno, Núñez Tenorio y Juan Nuño fue la misma: se negaron enérgicamente a dar clases fuera de la Ciudad Universitaria. La renuencia les costó a los profesores dos tipos de sanciones, al parecer Duno y Núñez Tenorio fueron expulsados de la docencia por un período de tiempo determinado, mientras que a Nuño se le suspendió el pago de sus salarios. La Quinta Vivian no alojó por mucho tiempo a las aulas de la escuela de Filosofía, que desde entonces y hoy siguen estando en su sede natural: a la izquierda del pasillo de Filosofía y Letras.

Desde el 31 de octubre de 1969 la Universidad Central de Venezuela pasó casi un año con las puertas de cerradas. ¿Hubo razones suficientes para acometer semejante medida extrema? Quizás sí. Indagaciones como la de Gioconda Espina sobre los años sesenta, ahondando en el rol de la mujer, desmitifican aquellas guerrillas y la lucha armada. En todo caso, lo cierto es que – cesado el allanamiento– se necesitó del concurso de las mejores voluntades para hacer volver las aguas a su cauce, y ahí estuvieron en la primera línea dos maestros de la filosofía venezolana: Federico Riu y Eduardo Vásquez, convertidos en máximas autoridades provisionales. Una muestra más de que los maestros saben cuándo deben entrar a dirigir la escena.

En medio del cese de actividades por causa del allanamiento, García Bacca mantuvo la Academia abierta preparando la traducción de la obra de Platón con Benjamín Sánchez.

Devueltos a la vida intramuros, Duno, Nuño y Núñez Tenorio ganaron juntos el lugar que tiene nuestra Escuela hoy en el Ciudad Universitaria de Caracas. Tras los avatares de la vida política, con discreción, un filósofo educado en la tradición del eminente paleógrafo Minio Paluello, asumió la dirección de la Escuela. En las manos de Guilio Pagallo estuvo la formación de tres de los mejores profesores de la siguiente generación: Carlos Paván Scipione, Omar Astorga y José Rafael Herrera. La conmemoración de los trescientos años de la Universidad Central de Venezuela encuentra nuevamente a la Escuela a merced de los avatares de la historia política del país, pero, del mismo modo, este ejemplar conmemorativo se convierte en un homenaje a los Maestros: homenaje en el que se unen las voces de los profesores formados en el siglo XX con las de los jóvenes profesores del siglo XXI, es una prueba fehaciente de que los tiempos difíciles vuelven a encontrar a esta Escuela, como siempre, ordenada a su fin último.

Nowys Navas

Directora de Apuntes Filosóficos